

ACTITUDES PATERNAS CONFLICTIVAS: MIEDOS DE PADRES E HIJOS ANTE EL FUTURO

Antonio Rafael Rodríguez González

El tiempo pasa, todo tiene un mañana. El paso del tiempo resulta inexorable y a la vez inescrutable, no tenemos ninguna manera fidedigna de asegurarnos de «cómo» será. Justamente en esta duda se sitúan muchas de las angustias que se viven desde la familia.

Démonos cuenta de que la mayoría de los temores de los padres y de los hijos se sitúan en el futuro, mientras que una mínima cantidad de angustias tienen como motivación lo que sucede en el presente.

Es obvio que no toda proyección hacia el futuro está dotada de carga negativa, por supuesto que también la hay positiva. El camino que recorre cada persona viene motivado por aquello que consigue motivarlo, tanto por el gozo que obtiene en el momento que lo hace, como por las expectativas que concibe. Unos padres que disfrutan el presente con su hijo viven también con ilusión su futuro. De la misma manera que lo que nos espera supone un estímulo para seguir una tarea, sea cual sea.

El futuro puede ser sinónimo de temor y estímulo. Nos costaría vivir si no tuviesen futuro, de hecho no podríamos.

Contemplar la vida con perspectivas de pasado, con raíz en el presente y con ilusión en el futuro es una aspiración menos utópica de lo que podría pensarse, sobre todo si no se tiene miedo de incorporar a la propia experiencia hechos desafortunados o frustraciones inesperadas. Hay quien no quiere ilusionarse para no tener desengaños posteriores, sin darse cuenta de que un desengaño es una experiencia personal nada despreciable. Si, además, esto se contempla con mirada educativa, aún lo valoraremos como más favorable. No podemos enseñar a nuestros hijos que todo en la vida sale bien, sencillamente porque no es verdad. Tampoco es cuestión de provocar contrariedades expresamente, para que

aprendan; dejemos que se ilusionen y si se produce la desilusión, ayudémosles a que aprendan de ella.

En el futuro podemos encontrar el motor que movilice nuestras vidas, siendo a su vez un elemento indispensable en toda afectividad, pero la capacidad humana para el sufrimiento hace que se sitúen en él la mayoría de los miedos que condiciona la relación e interfieren en la convivencia. Veremos cómo tener miedo, aunque sea comprensible y a menudo inevitable, no sirve para nada. El miedo no guarda la viña, solamente hace sufrir por ella.

I. LOS MIEDOS DE LOS PADRES

Toda afectividad busca garantías de perdurabilidad y en ella la permanencia de la felicidad obtenida en la misma. Es lógico, pues, que los padres tengan *«miedos»* referidos a los hijos. El alud de información ha permitido que muchos padres se hayan enterado de algunos peligros para sus hijos que jamás habían sospechado.

Conocer la realidad es bueno, pero obsesionarse por ella puede resultar aniquilante. El conocimiento de la existencia del *SIDA*, por ejemplo, puede modificar el tipo de actitud paterna, respecto al sexo, y es lógico que así sea, pero no lo es tanto como para que se convierta en un elemento condicionador decisivo. Sucederá, si no se recupera la capacidad de vivir sin preocuparse en exceso, que los peligros serían tan numerosos que nos tendríamos que meter en una urna de cristal y, al mismo tiempo, intentar meter a los hijos. Este tipo de vida que nos espera si sucumbimos a los miedos.

No se trata de proponer la temeridad como sistema de vida, se trata de recuperar el equilibrio entre la prudencia y el arrebato, entre la necesidad de seguridad y la de riesgo que hay en cada ser humano.

En lo que hace referencia a las relaciones padres e hijos, será necesario tener presente, que por naturaleza, la prudencia y la seguridad son proporcionales a la edad: en los jóvenes encontramos, generalmente, más arrebato y necesidad de riesgo que en los adultos. Comprender esta realidad ayudará a mantener una relación equilibrada en relación a los miedos que se manifiestan en los padres.

A continuación haremos un breve recorrido por los miedos más frecuentes de los padres respecto a los hijos.

a) El alcohol.

Hasta no hace mucho tiempo no habían incorporado los padres la preocupación por el excesivo consumo de alcohol por parte de sus hijos, y aún existen lugares en los que no se han concienciado los padres de este problema.

El conocimiento de que jóvenes menores de quince años consumen considerables cantidades de alcohol en sus salidas de los viernes, la noticia publicada en los medios de comunicación sobre una cantidad considerable de comas etílicos en adolescentes, el espectacular incremento de accidentes de circulación, motivados sobre todo, por la bebida han concienciado a los padres del problema y, parece que también a la Administración.

Ciertamente el problema de la bebida está presente, esto quiere decir que está justificado el miedo, es necesario tenerlo presente a la hora de transmitir a los hijos hábitos, costumbres y valores. Algunos padres pretenden alertar a sus hijos siendo ellos mismos consumidores habituales de alcohol y en cantidades considerables. Estos padres alegan que *«ellos saben beber»*, el hijo no lo sabe o no tiene la misma opinión.

En la prevención del alcoholismo juvenil, e incluso infantil, hay que tener presente qué es lo que induce al joven a ingerir alcohol. Muchas veces la ingesta de bebidas alcohólicas se correlacionan con dos variables: La falta de capacidad para saber divertirse o bien padecer inseguridad personal, y encuentran en el alcohol la manera de deshinibirse en una fiesta o sacar fuerzas para acercarse a un compañero del otro sexo, en consecuencia, si favorecemos la capacidad lúdica y la seguridad personal haremos mucho más que sermoneando sobre la perversidad del alcohol.

En los chicos/as que beben en exceso no pocos habrán oído decir a sus padres que son unos botarates, unos brutos, unos ineducados, *«la oveja negra de la familia»*, o les han criticado constantemente su manera de ser y, eso, cuando no los han comparado con un hermano, primo o vecino *«ejemplar»*. Aunque no lo parezca, algunas cosas quedan de estas expresiones críticas de los padres, la autoestima de estos jóvenes está a bajos niveles y no encuentran mejor manera que mejorarla que saliéndose de la realidad. El alcohol los entona y les hace perder la vergüenza de ser como son.

La capacidad lúdica, la capacidad de hacer cosas alocadas, estando sereno, se aprende en gran medida en el hogar. Climas familiares serios y aburridos no enseñan nada gozoso; cuando han de divertirse, han de recurrir al alcohol, de otra manera se encontrarían ridículos. Perder el sentido del ridículo es uno de los valores que los padres pueden transmitir a sus hijos en la cotidianidad de la convivencia y desde la primera infancia.

Estas medidas encaminadas a prevenir una posible necesidad de beber alcohol puede ir acompañada, lógicamente, de la transmisión de los conocimientos que se tengan sobre el peligro que supone la bebida, sobre todo si se hace desde el conocimiento personal. Lo que tiene poco sentido es establecer una especie de control detectivesco para averiguar si la chica o el chico han bebido o no en sus salidas. controlar no suele más que conducir al engaño y, una vez

detectado el problema, no supone precisamente una buena oportunidad para ayudar al afectado/a. Más importante que evitar que el hijo/a beba es no perder su confianza, de esta manera se conseguirá incidir para que no vuelva a excederse en la bebida, sólo en situaciones de reincidencia es necesario tomar medidas drásticas.

Cuando unos padres temen sobre la gravedad de una posible tendencia a la bebida en su hijo, más que establecer un control desmesurado de su comportamiento es aconsejable ponerse en contacto con alguna instancia especializada, privada o pública (Alcohólicos Anónimos, Centro de Salud, etc.) que le proporcionen cómo actuar en cada caso. Ante la más mínima duda, los padres deben informarse.

b) Las drogas.

Lo dicho sobre el alcohol es igualmente válido para las drogas. Al fin y al cabo el alcohol es una droga. Es necesario afrontar el tema de las drogas sin hipocresías; no pueden los padres desaconsejar a los hijos que fumen drogas si se hace con un pitillo en los labios y una copa de coñac en la mano.

Las drogas, a diferencia del alcohol, tienen una especial valoración social por parte de los jóvenes: *«Nuestros padres beben y nadie se lo recrimina, que nos dejen fumar porros en paz ya que no molestan a nadie»*. Cuando la droga se toma como un signo de identidad juvenil, si los padres actúan reprimiéndola y persiguiéndola, el joven interpreta el consejo o la recriminación como un mecanismo de rechazo de su generación.

Por otra parte, es cierto que algunos padres no se han preocupado de relacionarse con sus hijos hasta que han sospechado el consumo de drogas. Los jóvenes lo denuncian: *«Se piensa que sufro por mí, a él nunca le ha importado mis asuntos, lo que ocurre es que no quiere tener problemas»*. Lamentablemente, en no pocas ocasiones, esto es cierto, a algunos padres solamente los movilizan los peligros, y el de la droga, es uno de los que más angustian, y con toda la razón.

Respecto a este tema, como expusimos anteriormente, es válido todo lo expuesto sobre el alcohol, tanto en lo referente a la seguridad personal como al tema del aprendizaje de la capacidad lúdica; también lo es cuanto a la necesidad de buscar ayuda en el momento que exista la mínima sospecha de consumo.

Bajo nuestro punto de vista, en el tema de las drogas como en el de las sectas, son dos situaciones en las que está plenamente justificado prescindir de la libertad individual del joven, ya en ambos casos la ha perdido previamente.

c) Las sectas.

Una gran mayoría de los padres no temen a las sectas porque no las conocen; en cambio, si han vivido de cerca alguna historia relacionada con ellas se dan cuenta del gravísimo problema que suponen y, obviamente, tienen miedo.

Los miembros de una secta encuentran el personal adecuado para ser atrapado por ella entre los jóvenes que se sienten mal considerados por sus padres o que han vivido una situación de fracaso escolar o afectivo que les hace vivir de manera agresiva los valores de la sociedad. Las sectas aprovechan la normal capacidad de rebelión de los jóvenes para canalizarla hacia los intereses sectarios. Presentan a los padres como portadores de la autoridad y del egoísmo, en tanto que ellos mismos se presentan como altruistas que sólo quieren su bien. Después, se aprovechan del altruismo predicando al nuevo adepto para beneficiarse de él.

El sexo, la libertad, la solidaridad, la ecología, la paz, son valores para los jóvenes (también para los que son menos jóvenes). Aprovechando la crisis de valores que los jóvenes detectan en el mundo adulto, las sectas les ofrecen un paraíso en el que el joven puede disolver su personalidad en la de los demás. Como quiera que sea, llegar a ser él mismo, en este momento, le supone un pesado esfuerzo y, a veces, difícil, al quitarse esa necesidad de encima se siente liberalizado.

Esta claro que los frutos de la relación afectiva entre los padres e hijos jamás se pueden recoger con certeza; lo que sí parece estar fuera de toda duda es que la familia ha vivido unos lazos afectivos favorables a la autonomía personal de sus miembros, será mucho más difícil que uno de sus hijos pueda sentirse atraído por una pérdida de libertad tan escandalosa como es la vida de una secta. Al contrario del alcohol y las drogas, en los que siempre hay factores imponderables al margen de la buena actuación afectiva de los padres (pensemos en las amistades), en el caso de las sectas parece necesario encontrar algún tipo de trastorno en la relación, que ha merecido la autoestima de los jóvenes.

En el caso como en el de las drogas, el joven ha perdido la libertad y, por tanto, creemos que está justificado actuar en contra de sus decisiones. Por otra parte, al primer indicio es aconsejable acudir a instancias especializadas, para saber como actuar en cada caso.

d) Promiscuidad sexual.

Siempre ha preocupado a los padres la conducta sexual de sus hijos, así como siempre ha preocupado a la sociedad controlar la vida sexual de los jóvenes.

Algunos padres tienen la perversa creencia de que los jóvenes actuales actúan, sistemáticamente de manera promiscua. A nuestro parecer, esto no es así. Este parecer lo deducimos de nuestro trato con jóvenes de distintas edades. Solamente una minoría presentan problemas de control de sus impulsos.

Existe un tipo de conducta sexual más destructiva de lo que podría pensarse: me refiero a la promiscuidad sexual propiamente dicha. Entendemos por tal, la conducta sexual, no los casos puntuales, que está desvinculada de la afectividad, en los que el sexo pasa a ser una forma de relación, a menudo la única que saben

mantener estas personas. Normalmente comienza como una necesidad de complacer al otro en la creencia de que si no lo satisfacen no serán requeridos de nuevo. Son víctimas, sobre todo, los jóvenes inseguros, que se consideran poco agraciados y, por lo tanto, que tienen que demostrarse a sí mismos y a los demás que son atractivos. Para conseguirlo, estos chicos y chicas utilizan la gratificación inmediata: provocar en el compañero un orgasmo.

Al margen de las consideraciones morales que cada persona pueda tener sobre la vida sexual, una conducta promiscua e indiscriminada incapacita, si es duradera, para una afectividad estable y para aunar la sexualidad con los sentimientos afectivos.

El establecimiento de una buena relación afectiva entre padres e hijos puede ser la mejor garantía para evitar esta conducta. En la mayoría de los casos de promiscuidad sexual, se da una carencia afectiva por parte de los padres, y a veces, una pobre autoestima.

En la transmisión de los valores afectivos, el clima vivido resulta determinante. Si un niño vive que sus padres se aman con el sentimiento propio de la pareja, capta que uno atrae al otro y que entre ellos, además de estimación, hay amor, ligará ambos conceptos y, aunque pueda pasar momentos en los que se comporte de manera impulsiva o con espíritu de experimentación, tendrá bien establecidos unos principios que vincularán el afecto y la sexualidad.

No olvidemos los adultos que las normas de convivencia sexual han cambiado considerablemente en las últimas décadas. El último tercio de siglo se ha caracterizado por una liberalización de las costumbres que ha afectado más a las formas externas que a las costumbres privadas. Chicos y chicas se conocen desde pequeños en la escuela, han aprendido a estar juntos sin necesidad de implicar su afectividad en las relaciones que establecen y sin que surja la atracción en el primer momento; la amistad entre chico y chica es posible al margen de cualquier otro tipo de vinculación. Esto es difícil de entender para aquel padre que había vivido tiempos en los que un rato de intimidad con una persona del otro sexo era vivido siempre o casi siempre como una oportunidad. Los que tratamos con gente joven estamos en condiciones de asegurar que, en la mayor parte de ellos, sus manifestaciones afectivas son, en general, sanas, espontáneas, sinceras y mucho menos libertinas de lo que podría pensarse.

e) Accidentes.

El hecho de que se conozcan todos los fines de semana el número de accidentes y que se hable de ellos con cierta frecuencia está fomentando una cultura de miedo a los mismos que tiende a limitar, todo lo posible, la movilidad de los hijos. Son muchos los padres incapaces de dormir hasta que todos los

hijos han regresado a casa, y que durante la espera pasan por su cabeza ideas macabras.

El hecho de que los padres estén atrapados por este tema tiene repercusiones peligrosas para la relación con los hijos. Estos, para no hacer sufrir a los padres o para conseguir un permiso que de otra manera no obtendrían comienzan a mentir; tarde o temprano los padres se darán cuenta de ello y ya no les vuelven a creer, aunque el hijo les diga la verdad. Comienza así un proceso de temores y desconfianzas que suele conducir al hijo a tener la sensación de ser un motivo de sufrimiento en lugar de una persona amada: *«No les importa si estoy bien o no, si soy feliz, solamente quieren no sufrir por mí»*.

Puede decirse, no sin razón, que cuando amas a una persona quieres que no tenga ningún accidente y deseas la máxima seguridad para ella. También se puede argumentar que el amor lleva al deseo de felicidad del otro y que a menudo la felicidad y la tranquilidad son incompatibles. Aunque sea totalmente comprensible el comportamiento sufridor de los padres, siempre se puede valorar como más generoso el comportamiento de aquéllos que quieren la felicidad más que los que quieren estar tranquilos.

Sea como sea, y en este caso más que nunca, sufrir por los accidentes seguro que no será una medida nada eficaz. Los imprevistos como tales, no tienen previsión posible. Si acaso, destilando dosis de prudencia, sin que ésta esté asociada a una actitud temerosa, podrá servir para contagiar a los hijos un freno a su atolondramiento y a su afán de riesgo. Esto jamás se consigue, como en tantos otros temas, mediante sermones y regañinas.

No son éstos los únicos miedos de los padres, el fracaso escolar, por ejemplo, es otro de no menor importancia. Sin embargo, creemos que son suficientes los tratados por su importancia e imbricación en las relaciones padres e hijos.

Continúa en...

II. LOS MIEDOS DE LOS HIJOS

En este apartado haremos referencia a los miedos conscientes e integrados del hijo. Al contrario de los padres, cuyos miedos se refieren fundamentalmente al futuro de los hijos, las preocupaciones de los niños están centradas en ellos mismos, lo que no quiere decir que sean egocéntricos, sino que la figura de los padres la ven sólida y difícilmente deteriorable, entre otros motivos porque tienden a ver a los padres como seres que ya han llegado al futuro. Para los niños, los padres ya son mayores y por tanto tienen resueltos los problemas que a ellos les preocupan. Cuando hay situaciones personales o sociales de los padres que los hijos han de compartir, éstos experimentan sensación de temor por ellos. Si la familia vive un conflicto económico a causa de los problemas laborales, por ejemplo, los hijos, a pesar de no manifestarlo, viven de cerca el problema, aunque

su vinculación es menos intensa que la sienten que los padres ante los conflictos de sus hijos.

Veamos algunos de los temores más frecuentes de los hijos.

a) Afectivos.

Los jóvenes, llegada cierta edad, se cuestionan su capacidad de gustar a los otros, tienen parámetros que les permiten darse cuenta de si son agraciados, pero nunca están lo suficientemente seguros de sí mismos. Por una parte querrían tener pronto una pareja para tener asegurado este aspecto; por otra, los más seguros prefieren dilatar esta situación, sabedores de que tiene mucho tiempo por delante, no quieren ligarse para disfrutar de la libertad que proporciona el no compromiso afectivo. Su actitud está muy vinculada a la capacidad de transmitir la seguridad que hayan adquirido de los adultos con los que ha convivido. Los que se han sentido más criticados, despreciados o menos valorados, tienden a tener más necesidad de vincularse afectivamente. Los que han vivido en un clima favorable a la autoestima tienen menos necesidad de buscar esta vinculación.

Las inquietudes afectivas no se refieren solamente en la capacidad de seducción de la pareja; los jóvenes necesitan saber si son aceptados por los otros y por eso dan tanta importancia a los enfrentamientos con los amigos y, también, a la opinión que los adultos tienen de ellos. Aunque se muestren indiferentes a las opiniones ajenas, en realidad las tienen muy en cuenta.

b) Profesión-economía.

Nunca como ahora los jóvenes habían visto tan lleno de dificultades su futuro profesional, ni se habían valorado tanto los éxitos económicos. El joven de hoy teme por su futuro. Ya desde la escuela se utiliza el miedo como elemento coactivo para provocar el esfuerzo en los estudios. Da la impresión que los adultos hemos olvidado el ánimo como elemento motivador y recurrimos constantemente a generar temor al fracaso.

Los jóvenes tienen miedo al fracaso y a la pobreza. No pocos han visto cómo sus padres han sufrido por razones económicas y por mucho que se les quiera creer que la felicidad no es una consecuencia, o al menos, no es la exclusiva, de la situación económica, les cuesta creerlo. Estos miedos ocultan una inseguridad propios de la edad y que engloban otros muchos, que por razones de espacio no trataremos.

c) Referidos a los padres.

Desde hace unos años se observa cada vez con mayor frecuencia el miedo a la respuesta familiar. No es extraño que el hijo piense en una posible separación cuando observa tensión o discusiones en casa.

La necesidad de estabilidad en el hogar y el hecho de que vea cómo se separan los padres de sus amigos, les proporcionan sensación de inseguridad y de miedo. En algunos casos que los padres han acabado separándose, los hijos lo han vivido como una liberación, ya que para ellos ha sido más frustrante el período de dudas que la consumación de la ruptura. Otra dimensión que aumenta la angustia es la incertidumbre sobre lo que podrían hacer ellos para ayudar mejorar la situación afectiva de los padres.

III. RELACION BIBLIOGRAFICA

- BRENZINKA, W. (1.990) *«La educación en una sociedad en crisis»*. Herder, Barcelona.
- PETTT, G. (1.986): *«El diálogo entre padres e hijos»*. Martínez Roca. Barcelona.
- CLEMENS, H. y BEAN, R. (1.988): *«Cómo enseñar a sus hijos a ser responsables e inculcarles disciplina»*. Debate. Madrid.
- CORBELLA, Y. (1.993): *«Padres e hijos, una relación»*. Folio. Barcelona.